

# LA PARTICIPACIÓN EN LAS CELEBRACIONES LITÚRGICAS

JOSÉ ANTONIO GOÑI, *Pamplona*

## Para reflexionar

A lo largo del siglo xx, la participación de los fieles en las celebraciones ha sido una de las grandes preocupaciones de la Iglesia. Uno de los objetivos de la reforma litúrgica llevada a cabo por mandato del Concilio Vaticano II fue propiciar una participación plena, consciente, activa, fructuosa. E incluso pidieron que esta participación de los fieles fuera «interna y externa, conforme a su edad, condición, género de vida y grado de cultura religiosa».

Pero, ¿qué es participar? El *Diccionario de la Real Academia Española* lo define como «tomar parte en algo». Yo me atrevería a aplicarlo al ámbito religioso diciendo que se trata de «entrar en sintonía con». Y ¿cómo conseguir que cada uno de los participantes de nuestras celebraciones litúrgicas entren en sintonía con la divinidad y se sientan miembros de la comunidad? Pues teniendo muy claro que hay diferentes modos de participar y que cada uno lo hace «conforme a su edad, condición, género de vida y grado de cultura religiosa».

Voy a poner un ejemplo para que cada cual pueda reflexionar al respecto.

Un año más había llegado mi cumpleaños. Organicé un café-merienda por la tarde para celebrarlo, al que invité a mi familia y amigos. Preparé café, chocolate, una tarta, algunas golosinas para los niños y otras cosas para picar. Al comienzo de la tarde aparecieron los primeros invitados. Los más mayores estábamos sentados en torno a una mesa hablando de nuestras cosas mientras merendábamos. Unos intervenían más, otros escuchaban. Los niños entraban y salían, jugando, a la vez que comían algo de la mesa infantil. Aunque algunos de los niños se quedaron junto a nosotros, contemplando nuestras conversaciones aún sin entender el contenido pero disfrutando de la cercanía. Llegó el momento esperado: la tarta con las velas, una por cada año de vida. Apagamos las luces para que tomara protagonismo la tarta con las velas encendidas. Se cantó el sabido *Cumpleaños feliz*. Tras pedir el

requerido deseo, había que soplar las velas y apagarlas todas. Era imposible que los niños no soplaran, aunque en rigor solo le correspondiera al cumpleañosero.



Fotografía: Pixabay

No solo eso, sino que pedían repetir el «ritual» más de una vez para poder soplar nuevamente las velas. Tras una tarde familiar y entrañable, llegó el momento de la despedida. A cada cual le tocaba regresar a su casa para volver a su vida cotidiana.

Si, como reflexión final, nos preguntáramos quién ha participado, sin duda responderíamos que todos. De diferentes modos, claro. Pero todos igualmente válidos: quienes estuvieron desde el principio, quienes tuvieron que marcharse antes de terminar y se perdieron la tarta con las velas, los adultos que conversaban, los niños que salían y entraban sin dejar de jugar, los pequeños que permanecieron sentados junto a los adultos sin comprender sus diálogos... Todos compartieron la tarde en la que hubo espacio para todos los sentidos: vista, oído, olfato, gusto, tacto. En definitiva, cada persona participó conforme a su edad, a su condición... Cada uno, a su manera, entró en sintonía con el cumpleañosero y su celebración natalicia.